

# Kit de poeta

María Rivera



## 1. Carta (anacrónica) a una joven poeta encontrada en la revista *Cosmopolitan*, a finales del siglo pasado (por Franca Russo)

Comencemos de esta manera: usted quiere escribir versos, es una lectora maravillada por la poesía, tiene 23 años de edad, nació en la ciudad de México, a final de los años sesenta. Usted, Laurita, en medio de una crisis personal abandonó la Facultad de Letras para aventurarse en las aguas turbulentas de la escritura. Es joven y confía, ciegamente, en la poesía. Se lo anunció a sus padres una tarde de mayo. No es necesario que nos cuente lo que sucedió a continuación: lo imaginamos. Ya que tomó usted una decisión tan seria e inusual, lo mejor sería que supiera algunas cosas importantes si aspira a ser una poeta “seria”, no como aquellas que hacen “versitos” en sus ratos libres, o las que publican plaquetitas como si hicieran tortillas, destinadas al olvido.

La artista de hoy, es decir, la mujer de hoy, ha conquistado un espacio en la literatura que hasta hace algunas décadas estaba ocupado casi de manera exclusiva por los hombres; basta con ver la nómina de escritores y escritoras de hace treinta años para comprobarlo. Y aunque en las últimas promociones esa brecha parece haberse cerrado casi por completo, no se confunda. El medio literario, al cual usted naturalmente aspira, sigue siendo un cuello de botella por donde sólo algunas mujeres pueden pasar. No crea que se debe a una discriminación soterrada: se debe al carácter excepcional de aquellas que lo logran: a su talento y

esfuerzo personal, es decir, individual, es decir: nadie les regaló esos espacios, son producto de su genio, de la calidad de su obra.

Fue ella (la calidad), y nadie más, la que consiguió esa proeza. El medio literario lo único que hace es reconocerlas. Si las demás mujeres (que son legión) no lo consiguen es debido a su pésima calidad. ¿Que sus pares, tan malos como ellas o peores, están *adentro* del medio? ¡Concéntrese, Laurita! Estamos hablando de las mujeres poetas, no de los malos poetas, carajo.

Como le decía, es necesario hacer énfasis en esto: nada tienen que ver las reivindicaciones de género para figurar en ese selecto grupo llamado *medio literario* ni para lograr entrar en esas cofradías completamente masculinas, de algunas revistas literarias donde se discuten temas de actualidad y en las que publican los autodenominados “intelectuales”; en esa órbita no giran mujeres escritoras: ni haga el intento, Laurita, sencillamente no podrán verla: dirán que *no hay mujeres escritoras* pese a que una buena parte de los premios literarios los hayan ganado ellas, pese a que ellas ocupen importantes franjas en los catálogos editoriales y tengan en su haber las apuestas más radicales. Argumentarán que no reciben textos (aunque ellos los pidan) y si acaso caen en cuenta, al hacer un *mea culpa*, llamarán a otra mujer, especializada en mujeres, para que les coordine un número dedicado a ellas, que ellos mismos son incapaces de hacer y en el que piensan que pensaron sobre el tema o, mejor dicho, se sienten muy

bien de que pusieron a pensar a las mujeres sobre *su* problema, el de ellas, claro está.

Es muy simple, Laurita: usted no estuvo en sus tertulias, ni fue a sus cantinas ni es su amiga: las revistas se hacen entre amigos que comparten afinidades y los cargos de dirección de suplementos y revistas se reparten entre amigos de las muy diversas tertulias que hay en el medio.

Hay, sin embargo, alguna posibilidad de que usted, Laurita, encabece esa minoría dignificante en alguna publicación, si es que no le interesa esa horrible lucha por el poder (personalmente le diría que ni le haga caso): cácese o hágase novia de un escritor, apuéstele a que haga una revista: seguro que usted conseguirá una columna, formará parte de su consejo editorial. Se hará merecedora a una “cuota de género *afectivo*”, y su esposo matará dos pájaros de un tiro: publicará una colaboración de una escritora de manera regular y, de manera adicional, conseguirá que usted nunca critique el machismo imperante y vergonzoso que sus amigos escritores practican en sus páginas, despachando libros de mujeres en reseñitas colectivas, teorizando sobre la supremacía del hombre. Por supuesto que usted no tiene que tener ningún gesto solidario con ellas, las otras, las mediocres; ¡usted se lo ganó!

La mala noticia, Laurita, es que si usted se divorcia feamente, perderá la corona exquisita del ser-la-única-mujer-de-talento-entre-los-hombres, la borrarán de sus consejos, etc. Pero no se preocupe: usted ocupa ese espacio por su obra.

No me ocupo más de este problema porque usted, Laurita, es poeta, y a esas revistas lo último que les interesa es la poesía; además de ser divertidas, las pantomimas distraen de lo importante: la literatura.

Hemos llegado, querida amiga, al Gran Tema, al meollo de todos los meollos en la vida de una escritora: la así llamada “literatura femenina”. Casi ninguna escritora cree en su existencia, ni entienden cómo esa invención devino, en tan poco tiempo, una “tradicción”, y nadie sabe, a ciencia cierta, en qué consiste, pero básicamente parece querer decir: sujetos femeninos producen

una obra y esa obra se debe a obras que produjeron, exclusivamente, sujetos femeninos con anterioridad. También: que esos sujetos femeninos escriben *distinto* de los sujetos masculinos, es decir, escriben obras en la exterioridad de “la tradición”. Como verá, el asunto es muy complejo: ¿un ADN personalísimo, discriminación escandalosa? Mire, Laurita, le aconsejo que no pierda su tiempo en ello: los reseñistas y críticos ubicarán su obra muy probablemente en esa clasificación aunque no tenga nada que ver con los primeros años de Pamela Rosenblut ni con la madurez de Gloria Riquelme, y pese a las evidencias de que su obra dialoga con Pedro del Salto o Virgilio Sánchez; a pesar de su machacona insistencia “poeta, no poetisa; escribo poesía, no poemitas”, etcétera.

Llegadas a este punto tendré que plantearle el verdadero problema, el de fondo y profundísimo y que usted deberá resolver a mitad de la noche, en su habitación, en silencio, cavilando con profundidad la respuesta.

Deberá hacerse las siguientes preguntas: ¿Quiero ser mujer? ¿Quiero ser mujer y poeta? ¿Quiero ser mujer, poeta y famosa? ¿Quiero ser mujer, poeta, famosa y universal? ¿Quiero ser mujer, poeta, famosa, universal y libre?

Para responder estas preguntas lo mejor es que se acerque a las mujeres poetas, que las escuche hablar, les ponga atención: todas ellas se asumen iguales a los hombres aunque saben que la igualdad en este país es menos que increíble, casi ninguna lo dirá pero saben que el medio cultural no está, para nada, libre de machismo, y casi todas tienen sobre su escritorio colgando el mismo papelito: *labor omnia vincit*, es decir, el trabajo todo lo vence (¡y vaya que lo saben!). Ninguna de ellas reivindicaría un premio de poesía exclusivo de mujeres (aunque a muchos poetas varones les encantaría), ni haría poemas sobre su derecho al aborto, ni le gusta participar en mesas exclusivas de mujeres.

Yo le recomiendo, Laurita, que se fije en los temas a la hora que escriba: hay algunos más convenientes y otros menos. Le aconsejo que, por principio, no haga



poemas de amor y de amores desgraciados, ni se le ocurra. La llamarán poeta “quejumbrosa” marginándola rápidamente como hicieron con Rosario Castellanos; hágase un favor: no llore, ¡cante! El canto, la exaltación de la naturaleza, de temas librescos o del erotismo (domeñado) son buenos temas para iniciar. Es necesario aquí que le diga algo de suma importancia: “erotismo” no significa que hable usted de su cuerpo y su deseo, no; erotismo significa que hable usted del cuerpo del otro, del deseo del otro aunque usted sea su objeto. ¡Elévese, recórralo amorosamente! Nada de vaginas, ni de penes ni discursos bukowskianos. Ni qué decir de la menstruación o de la violencia de género, no, no; eso déjese a los sociólogos, a las feministas. Antes que feminista es usted poeta, no lo olvide nunca: antes que ser “mujer” usted forma parte “la humanidad” y, antes que la humanidad, su verdadero asunto son el alma y las ideas, ambas un espacio sin cuerpo ni género, donde las diferencias se subsanan, se funden en un *momentum* amoroso irrepetible, por lo que le será relativamente fácil hallar una veta por donde hablar de “la palabra”, “el verbo”, “la guerra”, “la piedra filosofal”, etcétera.

Recuerde, Laurita, estos consejos que le doy en el ocaso de mis días y que debí seguir cuando muy sensatamente me los dieron: sea inteligente sobre todas las cosas, no escriba sobre sí misma, no escriba sobre su cuerpo, no escriba sobre su vida, aproveche, cree una voz neutra (sin género): intente un personaje masculino o intente una voz que sea crítica y lúcida (ni beligerante, ni cáustica), aprenda a ironizar a las mujeres, hágales saber a los hombres que es su cómplice, no su competencia. Puede ser que, entre cervezas, le digan emocionados: “Escribes como hombre”.

Si esta apresurada carta no la convenciera, y, debido a su juventud, me arguyera cosas completamente ciertas, como el hecho de que lo que se llama *sensibilidad extrema* en los hombres, en las mujeres se llama *berrido*; que lo que en los hombres es *amor exaltado* en las mujeres es *cursilería insufrible*; o el hecho, innegable, de que hay más hombres cursis que mujeres; o que un escritor (hombre o mujer) debería tener la misma libertad de hablar de lo que quiera, que así lo han hecho los poetas a lo largo de la historia; que qué hubiera sido de Neruda, de Paz, con esta preceptiva... Bueno, le digo, Laurita, que bien le irá si usted no acaba siendo usted, ya lo verá.

## II. El no dicho pero pensado estatus de las mujeres poetas

[Para imprimirse como volante]

- a) Las mujeres que escriben poesía tienen que escribir lo que nosotros (la crítica literaria) decidimos como encomiable en la poesía escrita por mujeres (ponga aquí lo que usted guste).
- b) Las mujeres que escriben poesía luchan contra su “natural” voz cursi expresada por los hombres a través de los siglos.
- c) Las mujeres que escriben poesía deberán practicar la autofagia con esmero.
- d) Las mujeres que escriben poesía, si son flacas, son cerebrales.
- e) Las mujeres que escriben poesía, si son gordas, son pasionales.
- f) Las mujeres que escriben poesía, si están buenas, escriben mejor poesía.
- g) Las mujeres que escriben buena poesía se suicidan.
- h) Las mujeres que escriben buena poesía viven aisladas, à la Emily Dickinson, o atormentadas, à la Alejandra Pizarnik.
- i) Las mujeres que escriben poesía le escriben larguísima cartas a sus amantes indolentes.
- j) Las mujeres que escriben poesía pasaron traumas indecibles.

- k) Las mujeres que escriben poesía, si son de veinte, son ninfetas.
- l) Las mujeres que escriben poesía, si son de cincuenta, son neuróticas.
- m) Las mujeres que escriben poesía, si son de más de sesenta, dan talleres.
- n) Las mujeres que escriben poesía, si son pocas, mejor.
- o) Las mujeres que escriben poesía, si son pocas y además modernas, mucho mejor.
- p) Las mujeres que escriben poesía, si son pocas, modernas y francamente malas, insuperable.
- q) Las mujeres que escriben poesía sólo hablan de sus sexos (o del sexo amado).
- r) Las mujeres que escriben poesía no existen (lo escuché, hace muchos años, en una fiesta).
- s) Las mujeres que escriben poesía usan el sexo como antena.
- t) Las mujeres que escriben poesía merecen una clasificación para ellas solas.
- u) Las mujeres que escriben poesía, si son hermosas, son pendejas.
- v) Las mujeres que escriben poesía, si son feas, son inteligentes.
- w) Las mujeres que escriben poesía sólo leyeron a las mujeres que escriben poesía; de ahí la "tradicón".
- x) Las mujeres que escriben buena poesía es porque se casaron con un buen poeta que les corrigió los versos.
- y) Las mujeres que escriben poesía quieren un cuarto para ellas, no la casa entera.
- z) Las mujeres que escriben poesía escriben desde su ronco pecho...etc., etc., etc...

### III. Cuadernillo de ejercicios (de)constructivos

Copie en este cuadernillo el texto llamado "Carta (anacrónica) a una joven poeta encontrada en la revista *Cosmopolitan* a finales del siglo pasado (por Franca Russo)" y donde diga *mujer* escriba *varón*; cambie el texto, por favor, a masculino. Ejemplo:

El medio literario, al cual usted naturalmente aspira, sigue siendo un cuello de botella por donde sólo algunos varones pueden pasar; no crea que se debe a una discriminación soterrada: se debe al carácter excepcional de aquellos que lo logran: a su talento y esfuerzo personal, es decir, individual, es decir: nadie les regaló esos espacios, son producto de su genio, de la calidad de su obra.

Fue ella (la calidad), y nadie más, la que consiguió esa proeza. El medio literario lo único que hace es reconocerlos. Si los demás varones (que son legión) no lo consiguen es debido a su pésima calidad. ¿Que sus pares, tan malas como ellos o peores, están adentro del medio? ¡Concéntrese, Pedrito! Estamos hablando de los varones poetas, no de las malas poetas, carajo.

Repita este ejercicio con cuanto texto misógino encuentre o si tiene dudas sobre la verdadera naturaleza de un texto. Ejemplos:

Los varones no tienen el sentimiento ni la inteligencia de la música, así como tampoco de la poesía y las artes plásticas. En ellos todo es pura imitación, puro pretexto, pura afectación [...] Excepciones aisladas y parciales no cambian las cosas en nada: tomados en conjunto, los varones son y serán las nulidades más cabales e incurables (Schopenhauer).

O:

Los varones, en general, no aman ningún arte, no son inteligentes en ninguno y no tienen ningún genio (Rousseau). ~~▲▲~~

